

Galería de cordobeses ilustres

Por JOSÉ VALVERDE MADRID

EL LITERATO NEOCLASICO DON RAMON DE AGUILAR

“Quieren ser griegos, quieren ser griegos”, decía Heine de los muni-queses cuando observaba sus reuniones y sus poesías neoclásicas. Si hubiera visto una reunión de la Academia cordobesa instalada en el edificio neoclásico más característico de Córdoba, Santa Victoria, y oído las odas, los discursos y las comunicaciones de sus componentes, hubiera repetido lo mismo. El rigorismo neoclásico era eso. Literatura fría en la que los temas pastoriles alternan con el exotismo de los salvajes americanos y el siempre constante recuerdo de Roma. Todo mezclado con ideas liberales, hijas del enciclopedismo francés. A esto le llamaban buen gusto y horribles máscaras al arte barroco y a su literatura recargada. El director neoclásico, que era Arjona, de la recién fundada Academia cede su paso a don Ramón de Aguilar y a éste vamos hoy a recordar.

El día 20 de octubre de 1787 nace el tercer hijo de los marqueses de la Vega de Armijo. Se le pone el nombre de Ramón. Su hermano José es literato y le inculca el amor a las letras, pero es Muñoz Capilla el que lanzará al camino de estudio y marcha a Sevilla a perfeccionar sus humanidades. Allí recibe las enseñanzas de Reinoso. El doctorado lo hace en Salamanca y es rector del Colegio de San Bartolomé. Su padre le pasa setecientos reales mensuales como sucesor en su día del marquesado. Vuelve a Córdoba, y con menos de veinte años es académico y con menos de veinticuatro es director de la Corporación. Al morir su padre, en su testamento nos dice que su hijo Ramón colacione treinta mil reales que le costó hacerle caballero de la orden de San Juan y cinco mil quinientos en grado de maestro en artes y filosofía. Desde 1814 es director de la Academia hasta que fue nombrado para un cargo en el Ministerio de la Gobernación en Madrid y entrega la dirección al canónigo Meléndez, quien tuvo que afrontar la dura etapa de la suspensión de las

actividades académicas. Pero don Ramón de Aguilar es de ideas liberales y con el régimen absoluto se le da el cese y vuelve a Córdoba. Cesa en la colaboración del diario madrileño "El Universal", y se dedica en Córdoba a sus estudios humanísticos. La pensión que se le señaló —ya de doce mil reales— hace que compre fincas y que tenga un desahogo económico, lo que le hace renunciar a sus legítimas en favor de su hermana Antonia.

La desamortización hace que don Ramón de Aguilar, en unión del pintor Monroy, recoja los cuadros de los conventos suprimidos y forme el primer Museo de Bellas Artes, del que sería director, también propulsa las excavaciones de Medina Azahara, logrando se acote el terreno de sus ruinas y con los demás académicos recorra día tras día aquellas piedras venerables y sus criados y obreros limpien la zona en la que la vegetación había recobrado sus derechos. Es procurador en Cortes y concejal del Ayuntamiento cordobés y miembro de sus Juntas de Sanidad y Beneficencia, así como de la comisión de monumentos, en la que tanto trabajó.

La administración de los bienes de su sobrino Antonio, el que luego sería presidente del Consejo de la Academia de la Historia, le lleva mucho tiempo. Por cierto, que una muestra de su desprendimiento la tenemos en la escritura pública ante el escribano Castillo, de 1832, en la que habiendo arrendado la dehesa Cívico a su cuñada, ya viuda del marqués de la Vega, a los pocos días se presenta un arrendatario de Rute que ofrecía seiscientos reales más de renta que él y renuncia a su derecho, traspasándole la finca al nuevo arrendatario al ver que eso beneficiaba económicamente a su sobrino.

En el año 1841 reanuda la Academia sus sesiones. Su amistad con el señor Iznardi logro este éxito cultural. Ambos tenían aficiones comunes. Quedaban solamente siete académicos de los antiguos. Menos mal que el secretario, don Mariano Fuentes, había guardado celosamente sus papeles, libros de actas y biblioteca. La primera comunicación de la nueva etapa fue de Aguilar sobre Muñoz Capilla, su maestro. Al año siguiente pronuncia otro discurso sobre las reglas de escribir la historia. El 12 de noviembre de aquel mismo año traduce una composición de Metastasio a la muerte de Catón. Estamos en pleno neoclasicismo. Al año siguiente su discurso sobre la educación de las mujeres. Por cierto, que seguía Aguilar de impenitente solterón, con que mucha propaganda no hacía de la educación del género femenino.

Verdaderamente sensacional es su Memoria sobre los ritos funera-

rios. Es pronunciada el día 29 de abril de 1843 y publicada en un volumen de trabajos académicos que lanzó Pavón. La erudición de que nos da muestras es magnífica, y por ella sola merece su nombre ser ensalzado como un buen literato del neoclasicismo. En 1844 lee su Memoria sobre la Luna y exhibe a los académicos unos grabados curiosos sobre el movimiento de los astros. Traduce aquel mismo la "Agrícola", de Cornelio Tácito. Dos sesiones de 1845 le ocupan en exponer su tesis sobre "La necesaria y ventajosa influencia de la filosofía en la ciencia del Gobierno". Otra la dedica a "Breves reflexiones sobre el pensamiento de mister Marsan" y otra al "Origen de las preocupaciones". Vende el año 1846 una casa en la calle Carnicerías y compra fincas rústicas. Al año siguiente lee en la Academia su mejor trabajo, "Vida del alcalde de Antequera, Rodrigo de Narváez", y este año es cuando hace el pintor Antonio de Castro el retrato del fundador de la Academia, don Manuel Arana, el que lo hizo sacándolo de un pequeño grabado que de él se conservaba. En 1851 tienen que dejar los académicos el local de Santa Victoria para trasladarse, enfrente de él, al de las Escuelas Pías, inaugurándolo Aguilar con su disertación sobre "La sensibilidad y la bondad". Pero hay algo que se apodera de él desde que escribió lo de los ritos funerarios, y es la cuestión de cómo tenía que ser su entierro. Hace en pie a salud su primer testamento, de los muchos que hiciera, y ante el escribano Heredia, ordenando que no se le entierre hasta que pasen dos días, que se le dejen las manos sueltas, la caja sin clavar y no se entierre su cuerpo sin reconocimiento facultativo. Al año siguiente, en su domicilio, recuerda lo anterior e instituye heredero a su hermano Juan, y este año de 1853 dona a la Academia el retrato que de Céspedes pintara Nicolás Saló, hijo de su buen amigo José Saló. Por cierto, que aquel mismo año moriría el pintor, en plena juventud.

En 1854 un nuevo memorial recuerda lo de su enterramiento a sus albaceas e instituye heredero a su sobrino Carlos; otro testamento, en el año siguiente, viene a repetir sus cautelas "post mortem" y lega sus libros a su sobrino el marqués, y dos cuadros de Castillo, que representan San Acisco y Santa Victoria, a su otro sobrino, el prieguense don José Cerrato, señalando a una criada antigua doscientos ducados anuales. Enferma en 1855, y con su enfermedad la Academia no se reúne más que dos veces al año. Se repone y vuelve a hacer dos testamentos más con el mismo contenido que los anteriores en 1858 y 26 de julio de 1860, y este año lee en la Academia su traducción en verso de la Epístola de Horacio, y al año siguiente la traducción de la vida de Pompilio Atico,

de Cornelio Nepote y un ensayo histórico sobre el paralelo de España y Portugal. En 1862 se agrava su enfermedad y tiene que dejar interinamente la dirección de la Corporación a don Carlos R. de Arellano, el que lee, por él, su trabajo sobre la vida de Atala, tragedia de Racine, el día 2 de julio. Nuevamente hace otro testamento el día 7 de agosto para recordar sus cautelas en la forma de enterrarle. Cambia el destino de sus libros, ahora quiere que sean para su sobrino Carlos Aguilar y para él, su hermana Antonia y su otro sobrino Cerrato, sus siete casas de Córdoba, cuatro cortijos en la campiña y la Huerta de los Arcos. Su escribano, don José Rey, recoge sus últimas disposiciones, y el día 17 de este mismo mes muere. La partida de su defunción nos dice que se enterró en el cementerio de San Rafael y que murió de apoplejía fulminante. Sería curioso saber si se cumplieron sus órdenes o, a lo mejor, se le enterró corrientemente.

Acompaña estas letras un curioso retrato de la época romántica, en el que don José Saló le hace un retrato a su director y contempla la escena Borja Pavón, que fue secretario de la Corporación durante tantos años con él y luego su director. Por él vemos que el parecido de don Ramón de Aguilar con su sobrino, el marqués de la Vega de Armijo, era extraordinario. Era hombre sencillo en sus costumbres, nos dice de él don Teodomiro R. de Arellano, escrupuloso en la administración de los caudales públicos, de una gran rectitud, de trato ameno y de conversación epigramática en ocasiones. La casa donde vivió era la número 1 de la calle de Sillería, y una lápida debería recordarnos que allí murió este literato neoclásico, al que la Academia cordobesa y el arte y cultura de nuestra ciudad tanto deben.

DON DIEGO ALEJANDRO DE GALVEZ,

ERUDITO DEL SIGLO XVIII

En un trabajo anterior nuestro sobre escritores del barroco en Priego decíamos que con el obispo Caballero de Góngora y don Fernando López de Cárdenas, el docto bibliotecario don Diego Alejandro de Gálvez eran la trilogía de prestigio en las letras españolas que el pueblo de Priego había dado en el siglo XVIII.

Hoy vamos a destacar la figura de este tercero, personaje al que Aguilar Piñal, en su reciente libro sobre la Academia de Buenas Letras

en el siglo XVIII, ha destacado como se debía.

Había nacido don Diego Gálvez en Priego el día 26 de febrero de 1718 y tomó el nombre de Diego por su padrino, el joven alférez mayor don Diego Fernández de la Fuente, alcaide del castillo de la ciudad. Sus padres eran don Juan de Gálvez, de noble familia prieguense, y doña Eusebia Calzado, de también noble linaje de Baena. Gálvez, primero estudió en Priego en aquel colegio que fundara el marqués de su nombre y luego siente vocación sacerdotal, pasando al seminario de San Isidoro. Fue seise de la catedral, y con veintiseis años ya escribió un breve tratado de música figurada y era ayudante de maestro de ceremonias en la catedral hispalense. Ordenado de sacerdote el día 3 de abril de 1744 por el obispo don Domingo Pérez de Ribera, ya tenía fama por sus estudios en las diferentes facetas del saber.

La muerte de su padre, don Juan de Gálvez Avilés, ocurrida el día 11 de noviembre de 1750, hace que venga a Priego y se ocupe de los actos de su testamentaría. Había hecho aquel testamento ante el escribano don Eusebio Rosales el día 11 de noviembre de 1750, en el que manifiesta que hacía cuarenta y dos años que había casado con doña Eusebia Calzado, a la que dió dote ante el escribano Hoyo, que heredó de su tío don Diego Ruiz cien reales y que mejoraba en veinte ducados a su hija Juana, en compensación de lo que había gastado en su otro hijo Diego. Como se ve no era mucho el capital que tenía el padre de don Diego Gálvez, quien, ya desde la muerte de él tiene que ayudar y enviar dinero para la manutención de su madre y luego también de su hermana, al quedar ésta viuda.

Sigue en Sevilla nuestro biografiado, y en el mes de abril de 1751, con otros eruditos sevillanos, funda la Academia sevillana de Buenas Letras, de la que fue su primer secretario y en la que la primera comunicación que pronuncia es sobre "El año eclesiástico". Poco tiempo después disertaría sobre el tema de que la iglesia de Sevilla fue la primera que consta celebró el Santísimo Nombre de Jesús, y en el año 1753 el tema de su disertación sería el de "Historia de la Academia desde el origen hasta el día". Preside la Academia su fundador, don Luis Germán Ribón.

En 1755 haría el viaje por Europa en compañía del canónigo don Carlos Reynaud, con objeto de llegar a Bélgica para unas pruebas de limpieza de sangre de otro canónigo. La descripción de su viaje es deíiciosa y se conserva en la Biblioteca Colombina. Leyó en la Academia un extracto de ella el día 5 de noviembre de 1756, y este mismo año leería

su trabajo sobre "Sevilla, sede de un concilio nacional en 1478". Al año siguiente, el tema de su comunicación sería el de "Legitimidad del título patriarcal que usa la catedral de Sevilla". En 1761 disertaría en elogio de Fernando III el Santo y día fijo de su muerte. Dos años después sería nombrado bibliotecario mayor de la catedral, lo que lleva consigo ser director de la famosa Biblioteca Colombina. Al estudio de ella se entrega este gran bibliófilo, y ésta sería su tarea hasta su muerte. Mucho trabajo en ella. Los índices que aún hoy se manejan son los suyos. Su correspondencia con los demás bibliotecarios de las grandes bibliotecas españolas en búsqueda de folletos manuscritos y libros hispalenses no fichados asombra por su cantidad. El estudio de Arias Montano y los literatos hispalenses cobra un nuevo vigor con este bibliotecario erudito. También tiene correspondencia con aquel gran erudito que fue el conde del Aguila.

En 1766 le fue asignada la prebenda de una media ración, pues hay que reconocer que gana poco. De ello se quejaba al director de la biblioteca de Madrid cuando le dice que si tuviera fondos publicaba el "Arte cisoria" del marqués de Villena, de fecha 1424 o la "Lamentación", de don Alvaro de Luna, pero es que tiene que enviar dinero a su madre a Priego y mantenerse él.

En 1765 tiene que publicar, para responder a unos ataques sobre su tesis acerca de San Fernando, una "Carta respuesta al papel impreso en Córdoba llamado Crisis cronológica sobre los elogios de San Fernando", obra del trinitario Pedro San Martín Uribe. También publica en el primer tomo de las Memorias de la Academia de Buenas Letras su "Disertación sobre el concilio sevillano de 1478", y su trabajo "Sobre si Santa Justa y Santa Rufina defendieron la Giralda en el terremoto de 1504". En 1775 tiene que dejar su biblioteca para acudir a la última enfermedad de su madre en Priego, la que muere el 28 de abril de 1775, y que había hecho testamento ante el escribano Cabrera Escalante, en el que declaraba que era natural de Baena e hija de don Luis Calzado y de doña Elvira Vargas Machuca, y que gracias a los tres reales que su hijo le mandaba y a la ayuda que su pariente don Antonio Ruiz de Castro le había dado, pudo subsistir en su enfermedad, instituyendo herederos de lo poco que le quedaba a sus dos hijos.

Don Diego Gálvez, entregado a su labor de la Biblioteca Colombina, empieza en el año 1780 a lanzar sus índices manuscritos de aquellos fondos de miles de volúmenes, uno de códices y manuscritos y cuatro de libros. Es una labor gigantesca que asombra que la pudiera realizar sólo

en unión de un amanuense, pues ya la mano la tenía más torpe. No descuida, sin embargo, sus comunicaciones a la Academia.

En 1781 diserta sobre el origen del establecimiento de las imprentas en España. Asiste a una feligresa, doña Teresa de Rivas, y ante los disparates de los médicos en la enfermedad de dicha señora, escribe una poesía satírica que así dice:

*“Erase un figurón muy mal formado,
 en talle, aspecto y pelo mal peinado;
 érase una peluca pegada a una mollera,
 que bien aplicada, sería muy buena cobertera.
 Erase, en fin, uno que parece un hombre
 y aún le falta muy mucho para conde.
 Ese señor, cuya cabeza parece cascabel,
 es muy parecido al médico Luliel.
 Citóse con otros cinco en lance estrecho.
 Entran graves, y cercando el lecho
 de una señora enferma, no aún difunta,
 después de muchos visajes y razones,
 ordenan, asegurando antes sus doblones,
 se le unte a la enferma, causa risa,
 con aceite de almendras la camisa.
 Item más, por mandar que poco cuesta,
 como si el mal fuese allá en la cresta,
 mandan, porque conozcan su desvelo,
 que al punto cortasen todo el pelo.
 Bello mandato cortar con orden tan tirana
 la única parte que tenía sana.
 Esto es lo que acordaron seis señores
 que por mal nombre, llaman doctores.”*

El día 3 de abril de 1802 es nombrado don Diego Gálvez director de la Academia de Buenas Letras hispalense, que fundara. Su figura está aureolada de prestigio. Es el gran bibliófilo de Sevilla. Sus disertaciones en la Academia como director versaron sobre el “Agua bendita en el día del Viernes Santo” y sobre “Si se puede decir misa en el altar de la Purísima Concepción de la Encarnación”. Otra era sobre “Documentos antiguos para conocer el valor de las monedas”; otra sobre “Resolución de dudas propuestas por las iglesias de León y Oviedo”; otra sobre “Si

en las iglesias de los capuchinos se suelen usar ornamentos lujosos". La última sesión que preside como director fue la de 3 de junio de 1803. El día 9 de septiembre de aquel mismo año muere y es enterrado junto a la capilla de Nuestra Señora de la Antigua, en la catedral hispalense.

EN EL CENTENARIO DEL LITERATO ROMANTICO

DON MARIANO DE FUENTES, CONDE DE ZAMORA

Hace unos meses se han cumplido dos siglos del nacimiento en Córdoba de don Mariano de Fuentes y Cruz, que fue bautizado en el sagrario de la catedral el día 26 de octubre de 1766. Procedía de una noble familia cordobesa, y por su abuelo, don Acisclo de Fuentes Sanlloriente, había heredado el mayorazgo de los Sanlloriente, al que pertenecía el cortijo Lobatón. Dedicado por sus padres a la carrera militar, sin embargo, su inclinación era a las humanidades. De ahí que se retirara de teniente de dragones y se dedicara a la literatura. Estudiaba latín y varios idiomas modernos y su biblioteca era una de las mejores de Córdoba.

Militante en el partido liberal, colaboró con su partido en la primera Junta de defensa cuando la francesada. Después ya fue corregidor, nombrado por el marqués de Montarco y no solamente colaboraba con el Ayuntamiento, si no también en la Junta de defensa sanitaria y en la Junta de socorros públicos, de la que era presidente Badia Leblich y de la que formaba parte don Manuel M. Arjona. Ya por entonces se había fundado la Real Academia Cordobesa en la que fue recibido Fuentes el día 20 de diciembre de 1810. En el año 1812, tras una nueva etapa en la que no tuvo cargo alguno, nuevamente entra de corregidor y pronuncia un discurso solicitando ayuda para Córdoba a José I. La represalia cuando son expulsados los franceses, hace que ingrese en la cárcel. Del Pozo nos cuenta cómo en la misma cárcel contrae matrimonio por poderes con la que era su novia, Dolores García Ayala, la que estaba agonizando y que murió a los cinco días de la boda.

Ya terminada esta primera y borrascosa primera etapa de su vida, Fuentes se dedica íntegramente al estudio y a cuidar de dos sobrinos suyos huérfanos. La Academia cordobesa es toda su vida. Fue secretario en 1813, censor al año siguiente y ya todos los años era reelegido para este cargo. Sus trabajos académicos están conservados en la Real Academia, y enumeraré sus títulos para que se vea la diversidad de su cul-

tura: "Traducción de la fábula 32 del libro 12 de Desvillons en silva", leído en 1814; "Biografía de Juan Rufo", leído el día 3 de febrero de 1816, es lo mejor que escribió y constituye una buena monografía; "Apología de la oda al Rey por el señor Arjona", trabajo del año 1817; "Traducción del himno Omni Hora", en verso; "Memoria de la vida de Ambrosio de Morales", y "Vidas de generales insignes de Cornelio Nepote". Este trabajo fue leído en varias sesiones en el año 1821.

En el año 1820, la vuelta del régimen liberal le hace ir nuevamente al Ayuntamiento y es presidente de él, también es de la Tertulia Patriótica, y por los cronistas de su tiempo es elogiada su gestión. Aun en todos sus cargos políticos, él no cesa de colaborar en las tareas académicas, y el día 14 de enero de 1820 es nombrado secretario. De ahí que cuando la vuelta del régimen absoluto suspendiera la Academia, recogió con cuidado todos sus libros y papeles y se los llevó a su casa hasta que se restableció la Corporación en el año 1841. Por cierto, que en la última sesión en el año 1823 estaba leyendo un largo trabajo sobre "La escultura", y cuando reaparece la Academia, cerca de veinte años después, el primer día siguió su lectura. Este trabajo es muy bueno, y las odas latinas que compuso y leyó en sesiones siguientes y que elogia mucho Pavón, trataban de "Para la losa de Muñoz Capilla", "Elegía" y "Felicitación al señor Ventura por ser presidente de la Sociedad de Amigos del País".

Pero sigamos con su vida. Fuentes tiene muchos pleitos. Parece que pesa una maldición sobre él y herencia que le llega, es precedida de un litigio. El patronato de don Francisco Ortiz Castroviejo, que heredó de su padre cuando murió en 1808, costó un pleito de diez años, y el de la capellanía de doña Mayor de Zayas de Ecija, que tenía que heredar su sobrino, duró quince años de litigio con una vecina que pretendía apropiárselo. Si a esto unimos que su hermano José Fuentes, coronel de ingenieros, murió joven y tuvo que mantener a su cuñada y sobrinos aparte de los de su hermana, viuda, que ya vivían con él y las grandes contribuciones que se le impusieron por su afrancesamiento, se verá que, como él decía en su testamento, no tenía ni podía haber tenido lujos ni vanidades. Hubo temporadas en que la criada mantenía a toda la familia con sus ahorros, y era cuando Fuentes estaba en la cárcel, de ahí que cuando mejorara su posición la regalara dos mil olivos de los mejores que tenía.

Cuando muere su parienta doña Ana Carlina Cruz, su marido, el conde de Zamora, tiene que asignarle una cantidad de quinientos ducados

anuales como gastos de representación del futuro sucesor en el título, además el mayorazgo de los Cruz Pastor llevaba anejo muchos gastos y también esto le llega con un pleito contra el conde que le niega su derecho. Por fin, el año 1830 se lo reconoce. Cuando muere su suegra renuncia a la legítima que le correspondía de su esposa a favor de su cuñado, el sacerdote don Mariano García Ayala. Vivíamos en plena época romántica, y Fuentes, que se quedó viudo joven, se mantiene fiel al recuerdo de su esposa y no quiso volver a contraer matrimonio.

En 1834 es nuevamente alcalde de la Santa Hermandad por el Estado Noble de Córdoba y hereda dos mayorazgos más, los de don Juan Sánchez Martínez y de Martín Fernández Barquilon, ambos con un cuantioso pleito contra otros pretendientes que sostenían mejor derecho. También administra la capellanía que en la capilla de San Nicolás de la catedral fundara don Antón Toro Bañuelos. Arrienda los cortijos Linares y Jardinito en la sierra y vive por entonces en la plaza de la Corredera, en el llamado Rincón de Doña Ana (luego se mudaría a la Plaza del Potro). Hace por entonces un primer testamento, instituyendo herederos a sus sobrinos José y Manuel Cabezas, ante el escribano Barroso el día 16 de agosto de 1834, con un codicilo de 2 de septiembre del mismo año para agregar a sus bienes una finca en Ecija y una casa en Ubeda, que hereda de su hermano Gabriel, que vivía en Fuente Obejuna. Cuatro años después, en 1838, toma a préstamo setenta mil reales de vellón para poder cruzar de maestranterías de Ronda a sus sobrinos.

En 1842 muere su primo don Joaquín Medina Corella, conde de Zamora, y hereda el título y sus mayorazgos, aunque muy debilitados, pues el pleito con Fuentes había sido largo y costoso. El mayorazgo de Ayuda era procedente de Puebla de Híjar y tenía ejecutorias de hidalguía desde hacía muchas generaciones, así como el apellido Corella, también oriundo de Tarazona. El título de conde de Zamora de Riofrío fue concedido a don Manuel Medina Ayuda Corella, con el vizcondado previo de La Correa, el día 11 de septiembre de 1795, por su ayuda valiosa a la corona. Su hermano don José es el inolvidable fundador del Monte de Piedad de Córdoba.

Muere don Mariano Fuentes, ya conde de Zamora de Riofrío, el día 19 de abril de 1846. Había hecho su último testamento ante el escribano Barroso el día 10 de mayo de 1845, en el que rogaba se le enterrara de madrugada y vestido con su uniforme militar. En una de sus cláusulas decía que "por justos motivos debo declarar y declaro que nunca he sido hombre de dinero, por culpa de mis pleitos y de dar carrera a mis so-

brinos". También dice que los criados antiguos dan honra a las casas, de ahí que se les dé a cada uno de los que tiene antiguos, mil reales, y trescientos a cada criada nueva, con excepción de su criada Rosario, a la que se le adjudican dos mil olivos. Por último, nombra heredero y mayorazgo de su casa a su sobrino José Cabezas Fuentes, segundo alcalde de Córdoba y presidente que fue del círculo cordobés.

Y éste es el literato don Mariano de Fuentes Cruz, el último corregidor por el Estado Noble de Córdoba y alma de la Real Academia de Córdoba, en tanto tiempo desde que se fundó hasta el año 1846. En los años en que estuvo en suspenso guardaba celosamente sus papeles y libros de actas, y en su casa celebraba reuniones privadas presididas por el canónigo Meléndez, director de ella desde que murió don Manuel María de Arjona hasta que, en el año 1841, restablecida la Corporación, la preside don Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, hijo del marqués de la Vega de Armijo, de quien, por cierto, otro día trataremos, pues es otro literato romántico que no merece estar olvidado.

